

de ricas mieses, que sea abundante en frutos, que todos los habitantes cojan en él en todo tiempo los de la vida eterna.

MARTIRIO  
DE S. APOLONIO (1),  
Y DE SUS COMPAÑEROS.

*Sacado del libro de Rufino de la Vida de los Padres, cap. 19. cotejado con la Historia Lausiaca de Paladio.*

**C**UÉntannos estos antiguos Solitarios, que en tiempo de la persecucion (2) vivía uno llamado Apolonio, cuya virtud, y mérito fueron recompensados con el Diaconado. Veíasele ir de celda en celda, y de Monasterio en Monasterio, á exhortar á los hermanos al martirio, é inspirarles su firmeza, y su valor. Pero preso, y puesto en la carcel, venian muchos Paganos para insultarle, y para tener el atrevido, y detestable placer de blasfemar en su presencia contra Dios. De este número era cierto flautero, llamado Filemon. Este hombre, que era agradable al pueblo por sus canciones, y bufonadas, queriendo ganar aun mas su afecto, procuraba injuriar al Santo Diácono de todas maneras. Llamábale faci-

(1) El dia 7 de Marzo. El año se ignora. (2) De Galerio.

cineroso, impío, impostor; y un hombre, en fin, que merecía el odio público. Apolonio no respondía otra cosa sino: Yo pido á Dios, hijo mio, que te perdone todos tus excesos, y que no te impute á pecado las palabras injuriosas que me dices. Sintióse tocado Filemon de la moderacion de este Santo Solitario; y conoció al momento que estas pocas palabras hacian en su corazon una impresion que tenía algo de sobrenatural, y de divina; de suerte que no pudiendo resistir mas á esta violenta mocion, dixo á voces, y dando gritos, que era Christiano. Hizo ruido esta declaracion; y bien presto llegó á oidos del Magistrado; y aun acercándose él mismo al tribunal, le dixo animosamente en presencia de un tropel de pueblo, que le rodeaba: Obrais como mal ministro, quando castigais á unos inocentes, á unos hombres amados de Dios, y á unos santos Religiosos: los Christianos son irreprehensibles, así en su doctrina, como en sus costumbres. El Juez, que conocía á Filemon por un hombre, cuyo mérito consistía en hacer reir, y burlarse de todas las cosas, creyó al principio que meditaba alguna escena burlesca; pero reconociendo en fin, que hablaba seriamente, le dixo: Tú has perdido el juicio, y ya careces de aquel buen gusto que tenías. No soy yo, respondió, el que ha perdido el juicio, sino tú mismo. Sí, tú, á quien posee un injusto furor, y hace derramar la sangre de una infinidad de gentes. Pero te declaro que soy Christiano; y sábete que no hay hom-

bre sobre la tierra, que se les pueda comparar en punto de buenos. Quiso al principio el Juez hacerle venir á buenas á fuerza de caricias, y de alhagos; pero viendo que esto era inutil, acudió á la violencia, aunque tambien con poco suceso. No obstante, temiendo que la mudanza de Filemon procediese por haberle hablado Apolonio, ponen á este sobre el potro, y es tratado como un seductor, y castigado como tal. Pluguiese á Dios, exclamó el Santo hombre en medio de los tormentos, que tú, ó impío! y todos los que me escuchais; os quisiérais dexar engañar así. ¡O qué dichoso engaño para vosotros! ¡O cuánto deseo yo semejante error! Oyéndole hablar en su tribunal de este modo, le condenó á ser quemado con Filemon vivos. Entraron en el fuego con un rostro risueño, y oyeron á Apolonio, que en medio de las llamas hacía esta oracion: "Señor, no abandoneis al furor de las bestias feroces las almas de los que creen en vos; sino haced ver que vos sois el Salvador." Apenas acabó el Santo su oracion, quando á vista del Juez, y de todo el pueblo, baxó una nube sobre la hoguera, y apagó enteramente el fuego. Esta maravilla causó un prodigioso pasmo, y admiracion en los ánimos; de suerte que el Magistrado, y el pueblo gritaron todos á una voz: El Dios de los Christianos es grande, es inmortal, es el único, y el verdadero. Informado de todo esto el Prefecto de Alexandría, y siendo, por decirlo así, mas cruel que sí mismo, y excediendo á su inhumanidad

ordinaria, envía comisarios á este lugar para informarse contra el Juez, y pueblo, que se había convertido á vista del milagro que acabamos de referir, llevándolos cargados de cadenas á Alexandría.

Pero los que tenían orden de aprisionarlos, se hallaron ellos mismos presos por los discursos de Apolonio, tan eficaces por la divina gracia, que recibiendo estas personas de todo su corazon la Fé que les anunciaba, se entregaron ellos mismos al Prefecto con los que los conducían, y confesaron que eran Christianos altamente. Admirado el Prefecto de tantas conversiones, é irritado de la generosa resistencia que hallaba en estos nuevos Fieles, los mandó arrojar á todos en lo profundo del mar; no sabiendo este impío que los hacía Christianos de simples catecúmenos que eran antes. Y así, menos fue muerte que bautismo el que recibieron en las olas.

Sus cuerpos, por una disposicion del todo particular de la providencia, fueron echados á la orilla por las olas, y levantados por los Fieles, que la caridad había llevado á aquel lugar. Fueron puestos todos en un mismo sepulcro, en donde se obran cada dia diversos milagros, estando siempre prontos estos Mártires á recibir los votos, y las súplicas de los que acuden á su intercesion, que jamás se emplea en vano para con Dios.

## DISCURSO

DE S. ASTERIO OBISPO DE AMASEA,

SOBRE EL MARTIRIO

## DE SANTA EUFEMIA.

*Sacado del séptimo Concilio General, y del P. Combefis, Actuario, tom. I.*

Año de Jesu-Christo 307, en el imperio de Galerio, y de Maximino.

**H**ace algunos dias, Señores (1), que leyendo á Demóstenes, dí con una de sus más bellas piezas oratorias. Esta es aquella en que impugna á Esquines (2) de un modo vivo, y urgente; y en la que parece haber confundido á este peligroso adversario con un monton de entimemas. Sentíme yo mismo como abrumado, y fatigado de la prolixidad de la letura: conocí que tenía necesidad de pasearme un poco para volver á ponerme á tan fuerte aplicacion. Salí, pues, de mi casa; y habiéndome paseado un rato en la plaza mayor con dos, ó tres personas conocidas mias, entré en la Iglesia para orar con quietud. Al pasar por debaxo de uno de los pórticos, me quedé admirado de la belleza de una pin-

(1) Véanse las Notas. (2) Famoso Abogado de Atenas, y rival de Demóstenes en la eloquencia.

pintura que ví en él dentro de un marco. Teníase por obra de Ufrano (1), ó de algun otro de aquellos famosos Pintores de la antigüedad, de cuyas manos nada salía que no fuese bien acabado, porque sabian dar vida, y movimiento á todo quanto pintaban. Vosotros podreis ver la de quien he hablado, si quereis; pero puesto que tengo lugar, voy á haceros una descripcion exácta de ella. Nosotros los Oradores tenemos tambien, como los Pintores, nuestros colores, y pinceles. Una Virgen consagrada á Dios es el principal personage, y su muerte es el asunto. Llámase Eufemia. Quando la persecucion estaba mas encendida contra los Christianos, dió esta illustre Virgen con alegría su vida por Jesu-Christo. Admirados los conciudadanos, que profesaban la misma Religion que ella, de la santidad de su vida, y de la generosidad de su muerte, la levantaron un sepulcro cerca de la Iglesia. En él es donde la dan honores públicos cada año: el concurso es prodigioso; y todo el pueblo celebra con grandes regocijos, como una fiesta en que toda la Ciudad tiene parte, el dia de su victoria. No faltan excelentes Predicadores, que hacen el elogio de la Santa, y que con sus bellos, y eloquentes discursos honran su memoria. Tienen mucho cuidado de advertir á sus oyentes las circunstancias del combate, que con tanta gloria sostuvo contra

Tom. III.

F 3

(1) Célebre Pintor, y Escultor. Plinio hace la descripcion de muchas piezas excelentes, que salieron de su mano. *Lib. 34. cap. 8.*

los tiranos; pero se halló tambien un Pintor, que por un movimiento de piedad trazó sobre el lienzo esta misma historia. Vese la pintura colgada en la pared, y sobre el sepulcro de la Santa Martir. Vé aquí lo que contiene esta obra, que es el *non plus ultra* del arte.

Lo primero que se presenta, es el Gobernador de la Provincia sentado en su tribunal algo elevado, vueltos sus terribles, y coléricos ojos hácia la Santa. La cólera resalta en uno de ellos, y la crueldad en el otro; porque el arte, quando llega á la perfeccion, sabe excitar, y mover como le place, las pasiones en una materia inanimada. Vense á los lados de él algunos Jueces convocados para que juzguen con él; y á sus pies Escribanos, Alguaciles, Soldados, y verdugos. Uno de ellos tiene unas tablillas en una mano, en donde parece que escribe las respuestas de la Santa: la otra, en que tiene el punzon, está un si es no es levantada de las tablillas, en tanto que mira á la Santa levantando un poco la cabeza, y la boca medio abierta, como si la quisiese decir que hable mas alto, y mas claramente, no sea que no entendiéndola bien, escriba las cosas de otro modo del que las dice, y por lo mismo le den una reprehension los Jueces. La Virgen está en pie vestida de una túnica de tela oscura: el Pintor la dá una capa de Filósofo, como á una persona que hace particular profesion de la ciencia. El rostro le tiene agradable; pero qué bella le parecería su alma al que la pudiese ver en toda su

su belleza! Condúcenla dos soldados hácia el Gobernador: el uno se la acerca, y otro la vá instando por detrás. Déxase ver en el ayre de su rostro, y en toda su circunspeccion, el pudor, y la constancia á un tiempo: baxa los ojos, es verdad, como no atreviéndose á levantarlos á todos aquellos hombres que están al rededor de ella, y como quien teme atraer á sí la vista de ellos; pero en medio de esta pundonorosa vergüenza, no se dexa de conocer una constancia, y una intrepidez que la dá la grandeza de su Fé. Yo confieso que mas de una vez me he sentido movido á apartar la vista de una pintura de Medea, y por entonces nunca me satisfacía de alabar al Pintor que había hecho una cosa tan bella: veíase en ella á la Princesa de Colcos (1), en ademan de ir á degollar sus dos hijos: levanta la mano, y vá al parecer á meterles un puñal en el seno. La piedad, y la cólera componen el ayre, y la disposicion de su rostro: ambas cosas le ocupan á un mismo tiempo; y con todo eso se dexan ver las dos distintamente: la rabia se muestra en él furiosa, y pronta á derramar sangre; y el amor materno parece tambien que aborrece un tan grande delito, y que pide misericordia por unos hijos inocentes. Pero despues que ví la inimitable pintura de Eufemia, me es indiferente el de Medea. Toda mi admiracion se llevó el de aquella; y aun esto es poco para el que nos ha dexado una

F 4

(1) Medea.

obra tan acabada, y perfecta. No es menos admirable en el enlace, y mezcla de pasiones, que en el de los colores: de tal suerte temple la generosidad con el pudor, y realza este tan bien con aquella, que uné dos movimientos, ó afectos del ánimo, enteramente opuestos, sin que de esta union nazca ni aun la menor complicacion aparente. Continuemos nuestra descripcion. Un poco mas lexos vereis dos verdugos medio desnudos, que se disponen á atormentar á la Santa. El uno la coge la cabeza, é inclinándose hácia atrás, la tiene entre sus manos, mientras que el otro le quiebra las muelas, y le hace saltar los dientes. Allí hay algunos instrumentos de éste suplicio, como es un martillo pequeño, y una especie de taladro, ó barréna. Aquí es donde yo no puedo contener mas mis lágrimas: es preciso que las dexé salir; y la compasion detiene tambien mi mano, y no me permite continuar la historia; porque el pincel representó tan á lo vivo unas gotas de sangre, que os parecería verla correr de los labios de la Virgen; y enternecidos enteramente, al punto apartaríais los ojos bañados en lágrimas. En un extremo del quadro se percibe la Santa en la carcel, orando con las manos levantadas, como que implora el socorro de aquel por cuyo amor sufre. Aquella señal, que los Christianos acostumbra adorar, y representar en todas partes, se dexa ver sobre su cabeza, y parece que baxa del cielo: yo creo que se la envía como un presagio de su mar-

martirio. Algunos pasos de allí puso el artífice un gran fuego encendido: levántase la llama á grandes torbellinos, que están expresados con rasgos sumamente vivos, y con un roxo algo fuerte. En medio está la Martir con las manos, y los ojos hácia el cielo: en ella no se percibe ni tristeza, ni temor; sino al contrario, se vé brillar una alegría tranquila, que hace juzgar cree firmemente no estar muy distante del momento que la debe poner en posesion de una eterna felicidad. Pare mi pluma donde se detuvo el princel: y vosotros podeis informaros por vuestros mismos ojos, sino hemos sido fieles en representar todas las gracias, y bellezas de esta pintura tan excelente.

## MARTIRIO

## DE S. SERENO (1).

*Sacado de un Manuscrito de la Biblioteca de M. de Noailles Obispo de Chalons.*

Cerca del año de Jesu-Christo 307, en el imperio de Galerio, y de Maximino.

**S**ereno, que era Griego de Nacion, vino á Sirmio, y resolvió pasar allí el resto de sus dias: compró un jardin, que cultivaba por sí mismo, manteniéndose de las frutas, y de las legumbres que le producía. Comenzando á sentirse la per-

(1) El dia 23 de Febrero.

persecucion, se ocultó, retirándose de allí; pero al cabo de algunos meses volvió, y comenzó otra vez á cultivar de nuevo. Como un día estuviese ocupado en su trabajo ordinario, se entró en él á pasear una muger, que daba á entender ser señora de distincion, acompañada de dos doncellas. Alcanzóla á ver Sereno, y le hizo esta pregunta: ¿Qué busca V. md. Señora? Este jardin, le respondió ella, me ha parecido muy delicioso; y si lo llevais á bien, daré en él una, ó dos vueltas. ¡Una Señora de vuestra condicion, replicó Sereno, se había de pasear á la hora que es! Señora, la hora es intempestiva, pues es ya medio dia, y á mí me parece que algun otro motivo que el de pasearos, os trae por aquí; y así no puedo dar gusto á V. md.: creame, salga quanto antes, y sea en adelante mas regular, y mas modesta.

Salió esta muger del sitio confusa, y bramando de cólera, no porque la hubiesen echado fuera, sino por no haber podido satisfacer la infame pasion que la llevaba allí. Resolvió, pues, vengarse de aquel de quien creía recibía una tan grande afrenta. Escribió á su marido, que era de la casa del Emperador Maximiano (1), y se quejó de una pretendida violencia. Recibida del marido esta carta, vá á estar con el Emperador, y le pide por su honor ultrajado, que le haga justicia. Señor, le dice, mientras que se gastan nuestros dias,

(1) Galerio.

dias, y nuestra vida se consume en el servicio de vuestra Magestad, nuestras mugeres se hallan expuestas á la insolencia de un pícaro. Dióle el Emperador un rescrito dirigido al Gobernador de la Provincia, por el qual se le mandaba hacer dar toda suerte de satisfaccion á este marido ofendido. Parte él de la Corte con la orden, y se acelera por ir á vengar á su muger de una injuria que no ha recibido. Llega á Sirmio, vase al palacio del Gobernador, y le pone en las manos el rescrito. Yo he sido ultrajado, le dice, en la persona de mi muger, y pido una satisfaccion proporcionada á la indignidad de la accion. ¿Y quién es el insolente, le dice el Magistrado, que se ha atrevido á perder el respeto á una Señora de tanta consideracion, cuyo marido tiene el honor de acercarse á la persona del Príncipe? Nombradle al instante, que yo os haré justicia. Es, respondió el marido, un tal Sereno, miserable jardinero. Mandó el Gobernador que le buscasen, y que se lo traxesen al punto. Luego que llegó, le preguntó por su nombre. Yo, respondió él, me llamo Sereno. G. ¿En qué te empleas? S. En el oficio de jardinero. G. ¿Cómo has tenido la insolencia de insultar á la muger de un Señor de esta distincion? S. Jamás he hecho insulto, alguno á ninguna muger. G. Que le den tormento hasta que diga qué Señora era aquella que insultó quando la vió pasearse en su jardin. S. Acuédome muy bien que vino allí una Señora, ya hace algun tiempo, á una hora intempestiva, con ánimo de pa-

pasearse, según decía. Verdad es que me tomé la libertad de decirle que era contra el orden, y contra la decencia el que una persona de su sexo, y de su calidad saliese á una hora como aquella de su casa. Quedó confuso el marido al oír esta respuesta de Sereno, que le abrió de repente los ojos sobre la conducta de su muger; é impidiéndole hablar la misma vergüenza, se retiró, sin instar mas al Juez le vengase del inocente jardinero.

Comprehendiendo, pues, el Gobernador por esta respuesta de Sereno, que era un hombre de bien; y que lexos de aprovecharse de la flaqueza de una muger, la había reprehendido con una generosa libertad, se sospechó que sería Christiano. Obligóle esto á preguntarle mas por menor, y le dixo: ¿Quién eres, y qué Religión es la tuya? S. Yo soy Christiano, respondió sin dudar un momento. G. ¿Y cómo no te has escapado? ¿Dónde te habías escondido tan bien hasta aquí, que no te hemos podido encontrar, y cómo te has libertado ofrecer á los Dióses sacrificios? S. La providencia lo ha dispuesto así, y me ha reservado hasta ahora. En efecto, parecía que Dios me había reprobado como á una piedra poco propia para entrar en su edificio; pero tiene la bondad de volverme á tomar hoy para colocarme en él. Por lo demás, pronto estoy á sufrir quanto quisieres por su nombre, á fin de poder ser recibido en el número de los Santos que están ya en su Reyno. No irritó poco esta confesion al Gobernador,

ador, quien le dixo: Ahora bien, puesto que has querido eludir por la huida los edictos del Emperador, que te has ocultado por no obedecer, y que no has querido sacrificar á los Dióses, te cortarán la cabeza, para satisfaccion de todos esos delitos. Apenas se pronunció esta sentencia, quando el Santo fue retirado, y conducido al lugar de su suplicio, donde se executó á 23 de Febrero, reynando nuestro Señor Jesu-Christo, al qual sea el honor, y la gloria que es debida. Amen.

Abiendo sido conducido Filice á la tribuna (2), Caliciano Gobernador de Alexandria, le dixo: ¿Te parece que estas ya cuerdo? F. Yo creo que siempre lo he sido. C. Pues sacifica á los Dióses. F. No haré tal. C. ¿Por qué razón? F. Porque la Santa Escritura me lo prohibe. Qualquiera dice esta, que sacrifica á otros Dióses que al único, y verdadero, será exterminado. C. Pues bien, sacrifica á ese único, y verdadero Dios. F. Tampoco le sacrificaré; yo que tambien está escrito: ¿Qué necesidad tengo yo de todos vuestros sacrificios? como el mismo Señor dice (3). Esa multitud de victimas no me

(1) El día 24 de Febrero. (2) Es regular que este fuese un sitio elevado, en qual se hacia subir á los reos para ser preguntados. (3) Levit. cap. 22. v. 20.